

EDUARDO GALEANO: No me arrepiento de nada de lo que escribí



Entrevista realizada por Gustavo López,
desde Montevideo. 12-04-2005

En el año del vigésimo quinto aniversario de la primera edición argentina del libro *Las venas abiertas de América Latina*.

La obra de Eduardo Galeano que se convirtió en un símbolo paradigmático para toda una generación que la convirtió en un bestseller político.

Galeano recuerda cómo escribió ese texto y advierte acerca del carácter premonitorio de su contenido. "Creo que el libro dice verdades que la realidad ha confirmado. Lamentablemente, hubiera sido mejor que la realidad desmintiese la información que *Las venas...* trae. Pero no fue así.

—¿Qué diferencia hay entre usted, cuando escribió *Las venas abiertas de América Latina*, y el Galeano de hoy?

—Yo no me arrepiento ni de una coma de ese libro. Es un libro que escribí hace muchos años, a fines del año 70, hace veinticinco años, pero es una obra de juventud, era un periodista muy joven, que andaba muy metido en “el baile” acá en Montevideo, ya había dirigido un diario, dirigía semanarios... y participaba mucho. De mañana trabajaba en la Universidad, de tarde hacía las tareas para varias editoriales, que era mi gran afán, y después, de noche, escribí *Las venas...*, durante noventa noches. Con océanos de café. Fueron tres meses de escritura, pero yo había estado cuatro años recogiendo material para ese libro.

En la escritura he cambiado mucho. En el modo de escribir y en el modo de decir. Pero no me arrepiento de ese libro, creo que el libro no dice mentiras, que dice verdades que la realidad ha confirmado. Lamentablemente, hubiera sido mejor para todos y para mí también que la realidad hubiera desmentido la información que *Las venas...* trae y también las tendencias que *Las venas...* señalaba. Yo no era ni soy economista, pero me metí en eso; el libro es sobre todo de economía política. Está escrito con el lenguaje de una novela de aventuras, pero es un libro de economía política, una contrahistoria económico-política de América Latina; así, con un término un poco pomposo. Se ocupa de algunas cosas que por entonces no llamaban mucho la atención de los economistas. Por ejemplo, la deuda externa. En 1970 no era un tema que estaba sobre el tapete. Y en *Las venas...* hay un capítulo largo sobre la deuda externa, donde yo veía que aquello era como una bola de nieve que iba a terminar por llevarse a todo el mundo por delante. Y así fue. Y en el mismo sentido ocurrieron otras cosas que no hicieron más que confirmar lo que el libro decía. Ese libro me llena de orgullo. Sé que el libro actuó sobre la conciencia de muchísima gente a lo largo de ya más de una generación. Ahora, no lo volvería a escribir como lo escribí, pero no me arrepiento.

—¿Los 90 son años para ser escépticos?

—Lo bueno que tiene este asunto de estar vivo en el mundo es la incesante capacidad de sorpresa que la vida te ofrece. Cada vez que uno desconfía que las cosas no pueden cambiar, que está uno más o menos condenado a aceptar la realidad como destino y que mañana es otro nombre de hoy; pues ocurre la sorpresa, ocurre el asombro, las cosas imprevistas. Yo creo que hay que hablar de estas cosas teniendo en cuenta que la realidad es un desafío y no un destino y que cambia todo el tiempo.

—¿Para nada es el fin de la historia?

—No. No. Yo creo que la historia nace y muere cada segundo. No te digo que cada día: cada segundo. Hablar del fin de la historia es como petrificar la condición humana, reducimos al granito, al mármol y es una idea muy estalinista, además.



—¿Usted cree que existe alguna manera o algún término para definir esta década?

—No... y además esas definiciones son de un valor muy relativo, son etiquetas que nosotros le ponemos al tiempo, quizá para poder sentir o pensar que lo dominamos, que la historia es el resultado de nuestra voluntad; cosa que a veces es cierta pero que no siempre es así. Lo que yo hice, sí es intentar darle un nombre al siglo. Cuando escribí el tercer volumen de *Memoria del fuego* lo titulé *El siglo del viento*, justamente aludiendo a esta condición tan cambiante del siglo XX, que es una fuente de optimismo y de esperanza. El hecho de que las cosas ahora ocurran a un ritmo vertiginoso, que los cambios suceden sin descanso, a diferencia de lo que ocurría en otros siglos cuando un cambio debía llevar ochenta años y ahora cambian en una semana.

—¿Es un fin de siglo exitista?

—Sí, muy marcado por la filosofía del éxito que corresponde a lo que podríamos llamar una ideología del mercado y que es dominante en el mundo de fin de siglo y que es también —como decías al principio— el mundo del fin del milenio. Hay algunos cambios que han ocurrido y creo que son algunos cambios bastante feos, que contradicen lo que uno siente que da sentido a la aventura humana en el mundo. Creo, por ejemplo, que se han quebrado algunos vínculos solidarios que estaban bien vivos hace diez... quince o veinte años. Hace algunos años, cuando era adolescente, joven... que al fin y al cabo no hace tanto tiempo... había algo así como una unanimidad universal en cuanto a que la pobreza era un resultado de la injusticia. Eso no lo discutía nadie. No solo lo proclamaba la izquierda sino que además —mal que

bien— las fuerzas del centro y de la derecha, también lo aceptaban. Sacaban conclusiones diferentes naturalmente, pero lo aceptaban: la pobreza era hija de la injusticia. Ahora lo que predomina es la certeza de que la pobreza no es el resultado de la injusticia, sino que es el castigo que la ineficiencia merece. O sea, que parece estar dominando la concepción de las cosas según las cuales la injusticia no existe, solo existe la ineficiencia.

—Digamos que algunos se han sacado las culpas de encima.

—Ahí está. Digamos que hay coartadas; que funcionan mejor desde el punto de vista de la absolución de los responsables de la organización desigual del mundo.

—¿La televisión marca las pautas del éxito?

—Sí. Lamentablemente la televisión irradia un mensaje jodido. No toda. Acá en el Uruguay la televisión es horrosa, es un factor de deformación muy importante. Está en manos de tres familias que van a tener ahora el cable; tienen la televisión abierta y van a tener también el cable... y se dedican a pasar avisos y programas enlatados. Compran los más baratos de la Argentina, México, Venezuela y sobre todo de los Estados Unidos. Y hay muy escasa programación nacional. Casi todo está dirigido a fabricar consumidores, a fabricar guarangos y a fabricar violentos.

—Las dictaduras militares de los 70 y 80 obligaron a modificar códigos de resistencias, ¿qué rescata de aquellos años?

—Algunas cosas buenas, te diría, como saldo. Cuando uno mira hacia atrás y trata de hacer como un balance, por ejemplo, algunos intelectuales tuvieron durante la dictadura

una actitud muy digna. No hubo ninguna excepción de nombres importantes, hubo alguno que otro alcahuete que se puso al servicio de los militares, pero en general los intelectuales uruguayos, artistas y científicos, enfrentaron a la dictadura o por lo menos no fueron cómplices. Esa es una de las cosas —que te diría— positivas. Hubo, además, una capacidad incesante de respuesta de parte de la gente. Al principio hubo aquella huelga enorme y muy larga que dio la malvenida a los militares en el poder y después, a través de las mil y una formas que la gente se las arregló para desarrollar en medio de las prohibiciones y del silencio obligatorio cuando solo era permitido mentir o callar. Y sin embargo, hubo formas de resistencia, por ejemplo, la canción popular; los sindicatos, que se las arreglaron para sobrevivir en condiciones muy duras... y luego eso desembocó en aquel plebiscito que los militares tal vez hicieron porque estaban acostumbrados a mirarse al espejo y el espejo les decía que eran los más lindos y que todos los querían. El plebiscito les dijo no. Y la propaganda que estaba por el no, que estaba prohibida, fue también interesante: se hacía moviendo los parabrisas de los autos en los días secos.

—¿Usted comparte la sensación de que los artistas y los intelectuales, en general, han ocupado el lugar de referencia que hace años ocupaba un discurso político no devaluado?

—Sí, es verdad eso. Se devaluó el discurso político. Yo diría que es por dos maneras de ejercer la impunidad, que creo que son las fuentes del deterioro del prestigio político, de las estructuras políticas tradicionales; de los partidos. Una de las dos impunidades —en este país y en muchos más— fue la impunidad militar. El hecho de que los asesinos de uniforme que habían ejercido el terrorismo de Estado pudieran no solo ser exonerados de toda responsabilidad, sino

además felicitados, recompensados, condecorados y ascendidos. Y hoy en día los asesinos de Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz (dirigentes políticos uruguayos asesinados durante la dictadura) caminan campantes por las calles Michelini y Gutiérrez Ruiz.

Hace un tiempo, no sé si en Buenos Aires se enteraron, cayó preso uno de los peores militares, que se llama Gavazzo; pero no cayó preso por los crímenes que cometió, por la gente que desapareció, por las mujeres que torturó, sino que fue preso porque estaba metido hasta la manija por falsificación de moneda. Y ahora está preso y el abogado quiere cambiar la carátula del expediente porque resulta que este hombre practicó la extorsión sobre un imprentero que se negaba a terminar la elaboración de esos billetes falsos. Y él lo amenazaba de muerte. Entonces, si cambia la carátula y el delito deja de ser un delito contra la propiedad, y pasa a ser un delito contra la libertad, entonces Gavazzo sale de la cárcel, porque el derecho de propiedad es más importante que el derecho a la libertad. O sea, las cosas son más importantes que las personas.

La otra forma de impunidad es la impunidad de los propios políticos, este es un fenómeno latinoamericano y me temo que universal, porque leo los diarios y escucho la radio todos los días, veo los informativos en la televisión, y padezco noticias que me demuestran que los políticos hacen lo posible por deteriorar, por desprestigiar la democracia. Lamentablemente en la mayoría de los casos es así y hay una impunidad de los políticos en general, salvo cuando cae Collor en Brasil o derriban a Berlusconi en Italia, pero en general hay una impunidad de los políticos. No solo en la libertad de robar o apoderarse de los dineros públicos sino también en algo que a mí me parece más grave y es el

desprestigio de la democracia ante los ojos de los más jóvenes. Y es el hecho de que los políticos tienen la costumbre de practicar desde el poder todo lo contrario de lo que han prometido en el llano.

Aquella vieja frase, que yo no sé si es uruguaya pero acá se decía mucho cuando yo era chico, según la cual el poder es como un violín, que se toma con la izquierda pero se toca con la derecha.

—Galeano, ¿por dónde pasa la utopía en este fin de milenio?

—Pasa por clavar los ojos más allá del tiempo de la infamia. Una de las cosas que *Las venas abiertas...* decía, y que después ha sido confirmada por la realidad, es que el desarrollo es un viaje con más naufragos que navegantes. Que, dentro de las condiciones del desarrollo del capitalismo occidental, son cada vez menos los invitados a participar del viaje, y en cambio es cada vez mayor la cantidad de gente que queda a la vera del camino. Eso ha sido confirmado por los hechos y el problema más importante que el sistema tiene en este momento, en este mundo de fin de siglo, es que le sobra gente. No sabe qué hacer con la gente que le sobra. Yo hace diez o quince años fui a Colombia, y en Bogotá a los niños de la calle los llamaban “gamines”.

Ahora estuve en Colombia hace tres meses, y a los niños de la calle ya no los llaman gamines, los llaman “desechables”. Es decir, hay una proporción cada vez mayor de personas tratadas como basura. Y eso ocurre en América Latina pero también ocurre a escala mundial. Es un sistema incapaz de darle de comer a un setenta por ciento de la población mundial. La gente no come lo que debiera comer. Es un sistema que dice estar organizado para todos, pero en

realidad funciona para pocos. Y está la otra hambre, de la que yo siempre hablo: el hambre de abrazos, el hambre de vínculos, la necesidad de tocarse... la necesidad de quererse; que el sistema es completamente enemigo de ella. Y que — te diría— es un hambre que padece el ciento por ciento de la humanidad. Nunca estuvimos tan juntos y nunca estuvimos tan solos, en esta civilización posmoderna del fin del siglo y del fin del milenio. Entonces es más que nunca necesario juntarse para imaginar juntos el futuro.

No para padecer el hacinamiento de las grandes ciudades que nos obliga a estar juntos a pesar de nosotros, sino estar juntos en el sentido de restablecer los perdidos vínculos comunitarios para ser capaces de imaginar un proyecto de vida diferente. Para poder imaginar el futuro, en lugar de aceptarlo. Eso es para mí la utopía: la posibilidad y la necesidad de clavar los ojos más allá, de ver el horizonte. Como decía mi buen amigo Fernando Birá, que una vez estando conmigo en una universidad, los estudiantes le preguntaron a don Fernando qué era la utopía y para qué servía. Y él dijo que no sabía si sabía lo que era, pero que le costaba mucho decir para qué servía; que en todo caso la utopía estaba en el horizonte. Y que, claro, cuando uno camina hacia el horizonte, el horizonte se aleja. Vos das dos pasos y el horizonte se ubica dos pasos más allá. Das diez pasos y el horizonte se aleja diez pasos. Y entonces, ¿para qué sirve la utopía? Y él decía: pues, sirve para eso. Sirve para caminar.

✓